

EL CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO, CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE VARIEDADES.

REPUBLICA DEL SALVADOR EN CENTRO-AMERICA.

No XI—T. XI |

San Salvador, Domingo 29 de Noviembre de 1891.

| S. XLII—N. 495

REDACTOR Y EDITOR RESPONSABLE

José Antonio Aguilar.

AGENTE GENERAL

Federico Prado.

CARTA ENCICLICA

DE SU SANTIDAD LEON XIII, PAPA

POR LA DIVINA PROVIDENCIA A LOS PATRIARCAS,
PRIMADOS, ARZOBISPOS, OBISPOS Y DEMAS OR-
DINARIOS EN PAZ Y COMUNION CON LA
SEDE APOSTÓLICA.

DEL ROSARIO DE LA VIRGEN.

LEON XIII, PAPA

Venerables Hermanos, salud y Bendición Apostólica.

Al acercarse el mes de Octubre, dedicado y consagrado á la Bienaventurada Virgen María del Rosario, Nos sentimos grata satisfacción en recordar con cuánta solicitud os hemos recomendado en años anteriores, Venerables Hermanos, que excitáseis por todas partes con vuestra autoridad y celo á todos los fieles á redoblar su piedad para con la Augusta Madre de Dios, protectora omnipotente del pueblo cristiano, dirigiéndola durante todo el mes citado fervientes oraciones é invocándola en el santísimo culto del Rosario, al cual la Iglesia ha acudido siempre con resultado, sobre todo en los tiempos y en las cosas difíciles. Esa misma voluntad Nuestra, queremos expresaros de nuevo este año y dirigiros y suplicaros también las mismas exhortaciones, porque á ello Nos aconseja é insta la caridad de la Iglesia, cuyas pruebas, lejos de disminuir, han aumentado de día en día, en número y gravedad. Los males que Nos deploramos aquí son de todos conocidos: atacados y combatidos los sacrosantos dogmas que la Iglesia custodia y guarda en tradición; la integridad de la virtud cristiana que ella defiende es objeto de irrisión; las calumnias sustentadas, los odios sublevados en todas formas contra el orden de los Obispos y principalmente contra el Pontífice Romano, y para colmo de audacia desenfrenada y de abominación sacrílega, los ataques que se dirigen contra Dios mismo con la intención de destruir y acabar con la obra divina de la Redención que ningun poder, sin embargo, podrá jamás borrar ni destruir.

No son nuevas seguramente estas cosas que suceden á la Iglesia militante, porque, como dijo Cristo á sus Apóstoles, su condición es de guerrear y combatir todos los días para enseñar á los hombres la verdad y conducirlos á la salvación eterna. Por eso en todos los siglos ha luchado con valor hasta el martirio, no hallando mayor gloria y alegría que en con-

sagrar su sangre con la de su Divino Autor, en quien reside la más segura esperanza de la victoria que la ha sido prometida.

No puede ocultarse, sin embargo, cuán triste es hasta para los mejores esta dura condición de un combate perpetuo. Es en efecto gran motivo de tristeza ver á tantos hombres, á quienes la perversidad de los errores y la insolencia para con Dios alejan enteramente y marchan al abismo; á tantos hombres que, indiferentes para todas las religiones, parecen haber rechazado la verdadera fe divina; y hasta un gran número de católicos, que no tienen de la religión más que el nombre y no observan las prácticas obligatorias. Y lo que aumenta este dolor, lo que agobia el alma, es considerar que esta lamentable agravación de males proceda, sobre todo, de que la Iglesia no tenga puesto alguno en el Gobierno de los Estados, ó que su saludable influencia se vea combatida, y de aquí el terrible y justo castigo del Dios vengador que deja caer, á las naciones que se apartan de Dios, en la más lamentable seguedad de entendimiento.

Por esto, la situación misma proclama cada día con mayor fuerza la absoluta necesidad para los católicos de perseverar con celo y sin descanso (I Thes., V, 17) en las oraciones y súplicas á Dios; y esto, no sólo cada uno en particular, sino preferentemente en público, reuniéndose en las iglesias para pedir á la Providencia divina que libre á la Iglesia de los hombres malos y perversos (II Thes, III, 2), y traiga á las naciones pervertidas á la salud y sabiduría, por medio de la luz de la caridad de Jesucristo.

Cosa es bien admirable y que excede á toda nuestra ponderación. Nuestro siglo sigue su camino tan laborioso, orgulloso de sus recursos, de su fuerza, de sus armas, de su genio: pero la Iglesia atraviesa los siglos con paso tranquilo y seguro, confiada únicamente en Dios, hácia quien eleva noche y día sus manos y sus oraciones. Aunque en su prudencia Ella no descuida ninguno de los socorros humanos que el tiempo la ofrece por un efecto de la divina Providencia, sin embargo, no pone en ellos su principal esperanza, sino, antes bien, en la oración y súplicas á Dios, de donde Ella saca con qué alimentar y fortificar la vida; pues de esta costumbre de la oración resulta felizmente que, hallándose fuera del alcance de todas las vicisitudes humanas, y en comercio constantemente con la Divinidad, saca la misma vida de Jesucristo y vive plácida y tranquila, casi del mismo modo que Jesucristo, á quien la crueldad de los sufrimientos de su Pasión que pasó por el bien de todos, nada quitó ni disminuyó de su propia y bienaventurada luz y felicidad.

Estos grandes ejemplos de la sabiduría cristiana han sido siempre religiosamente observados y practicados por todos los que han sido verdaderamente dignos, por su virtud, del nombre cristiano. Siempre sus oraciones ha naumentado en fervor y frecuencia, en los momentos en que afligían á la Iglesia ó á su Jefe Supremo mayores calamidades, por causa de la astucia ó de la violencia de los malos. Hay un ejemplo memorable de esta práctica entre los fieles de la primitiva Iglesia, ejemplo digno de ser siempre propuesto para imitación de las futuras edades. Pedro, Vicario de Jesucristo, soberano Pontífice de la Iglesia, había sido encadenado por orden del cruel Herodes y destinado á una muerte segura, y ninguna asistencia ni socorro alguno podían hacerle salir de la prisión. Pero no le faltaba el socorro que puede alcanzar de Dios una santa oración. La Iglesia, en efecto, como lo refiere la Historia Sagrada, derramaba sobre él las más instantes súplicas. "Una oración constante se elevaba para él á Dios, del seno de la Iglesia". (Actos, XII, 5), y el celo de la oración animaba tanto más á los fieles, cuanto más viva era la angustia de esta cruel prueba. Ya se sabe cómo fueron oídas aquellas piadosas súplicas. El pueblo cristiano no ha cesado de celebrar con la alegría de un eterno agradecimiento, la libertad milagrosa de Pedro. Pero más insigne todavía y completamente divino es el ejemplo que ha dado Jesucristo á su Iglesia, para instruirla y formarla en la santidad, no sólo por sus preceptos, sino también por su conducta.

Toda su vida, en efecto, la pasó en oración continua; y cuando en sus últimas horas agonizaba en el huerto de Getsemaní, en las tristezas infinitas de su alma, no sólo oraba, sino que *oraba con efusión* (Luc., XXII, 43). Y no era por él, seguramente, por quien oraba, no teniendo nada que temer, ni necesitando nada siendo Dios, sino que por nosotros, por su Iglesia, cuyas oraciones y lágrimas hacía fecundas en gracias, atribuyéndoselas voluntariamente.

Pero desde que se cumplió la salud del género humano en el misterio de la cruz, y fué establecida en la tierra y constituida regularmente la Iglesia, agente de esta salud, después del triunfo de Cristo, comenzó un nuevo orden de providencia para el nuevo pueblo. Conviene considerar aquí los designios divinos. Al querer tomar el Hijo del hombre la naturaleza humana para la redención y ennoblecimiento del hombre, y debiendo contratar de este modo una especie de matrimonio místico con la universalidad del género humano, no realizó su designio sin el libre y completo consentimiento de la que estaba destinada á ser su madre, y que representaba en cierta manera al mismo género humano, según esta opinión célebre y muy fundada de Santo Tomás de Aquino. "Por la anunciación se pedía el consentimiento de la Virgen en lugar y representación de toda la naturaleza humana." (III, q. XXX, a. s.) De donde se puede asegurar, con no menos verdad y exactitud, que nada de este gran tesoro de toda la gracia que el Señor nos ha traído, porque "la gracia y la verdad vienen de Jesucristo" (San Juan, I, 17), no nos ha sido comunicada por voluntad divina, sino por María: y así, del mismo modo que nadie puede ir al Padre soberano sino por el Hijo, casi de igual modo no puede ir nadie á Jesucristo, sino por su Madre. ¡Que sabiduría y misericordia brilla en este designio de Dios! ¡Qué maravillosa apropiación á la debilidad y fragilidad del hombre! Porque, Aquel cuya bondad infinita reconocemos y celebramos, es también Aquel cuya infinita justicia publicamos y reverenciamos, y en este amantísimo Salvador, pródigo para nosotros de su sangre y de su vida, á quien amamos, no podemos tener un juez inexorable. También para aquellos á quienes la con-

ciencia de sus actos hace temblar, preciso es absolutamente un intercesor, un abogado que goce de gran crédito cerca de Dios, y al mismo tiempo lleno de tanta benevolencia que no recuse el patrocinio de las causas más desesperadas, y que pueda elevar á la esperanza de la divina clemencia á los afligidos y caídos. Este Abogado en grado eminente es María, porque Ella es poderosa como Madre de Dios omnipotente, y, lo que es todavía más preferible, Ella es afable, benigna y muy compasiva.

Por esto Dios nos la ha dado, por lo mismo que Él la eligió para ser la Madre de su Hijo, animada de sentimientos maternales, no respirando más que amor y perdón. Así nos la ha mostrado Jesucristo con su conducta, cuando quiso espontáneamente estar sumiso y obedecer á María, como el hijo á su madre; así nos la ha presentado desde lo alto de la cruz, cuando en la persona de Juan, su discípulo, confió á su guarda y solicitud la universalidad del género humano; así, en fin, se ha ofrecido Ella misma cuando, al recibir con su grande alma la inmensa y laboriosa herencia que la dejaba su Hijo al morir, empezó en seguida á cumplir los deberes de Madre universal.

Esta misión de tierna misericordia, divinamente confiada á María y confirmada por el testamento de Jesucristo, la han comprendido desde el principio los Santos Apóstoles y los primeros fieles; los venerables Padres de la Iglesia la han comprendido también y explicado doctamente y todas las naciones, en todas las épocas del Cristianismo, la han sentido unánimemente. Ciertamente, que, bajo el impulso mismo de la fé, nosotros nos vemos también arrastrados deliciosamente á María; nada nos importa tanto como ponernos bajo su tutela y patrocinio, confiándola completamente nuestros pensamientos y nuestras obras, nuestra inocencia y nuestros arrepenimientos, nuestras penas y nuestras alegrías, nuestras oraciones y nuestros votos; en una palabra, todo nuestro ser. Todos estamos llenos de la dulce esperanza y confianza de que lo que sería menos agradable á Dios, viniendo de nuestra indignidad, será aceptado y favorablemente recibido por Él, gracias á la recomendación de su Santísima Madre.

De estas dulces y tiernas verdades, el alma recibe tanto consuelo, cuanta es la compasión que siente por aquellos que, estando privados de la fé, no veneran á María y no la reconocen por Madre; y siente más compasión ante la desgracia de aquellos que, sin dejar de ser partícipes de la fé, se atreven á censurar á los buenos su devoción exagerada y demostrativa hacia María; en esto faltan gravemente á la piedad que conviene á los hijos. Esta tempestad de males que agobia tan cruelmente á la Iglesia, indica, pues, á los piadosos hijos cuán santo es el deber que les obliga á pedir á Dios con más instancias, y qué razón hay para que se esfuercen en dar á estas súplicas la mayor eficacia. A ejemplo de nuestros padres y antecesores religiosos, recurramos á María, nuestra Santa Soberana: invoquemos, supliquemos todos juntos á María, Madre de Jesús y Madre nuestra: "Mosraos nuestra Madre, y haced que acepte nuestras súplicas Aquel que, nacido por nosotros, ha consentido ser Hijo vuestro." *Monstra te esse matrem, sumat per te preces qui, pro nobis natus, tulit esse tuus.* (Ex sacra liturgia).

Pero entre las diversas formas y maneras de honrar á la divina María, ya que es preciso preferir las que sabemos que le son agradables á esta Madre, conviene indicar en particular y recomendar muy especialmente el santo Rosario. La costumbre popular ha dado el nombre de *corona* á esa manera de orar, por razón de que reúne en hermosos lazos los grandes misterios de Jesús y de María: alegrías, dolores y triun-

fos. Y ciertamente que la piadosa consideración de estos augustos misterios, meditados en su orden, es de maravilloso auxilio para los cristianos, ya para aumentar su fé y protegerla contra el contagio de los errores, como también para levantar y conservar el vigor del alma.

En efecto: el pensamiento y la memoria del que así ora, iluminados por la fé, se trasladan en espíritu hácia esos misterios con el más eterno entusiasmo, absorbiéndose en la fé y penetrándola, no pudiendo admirar lo bastante la obra inefable de la Redención de los hombres, realizada á tan alto precio y por una serie de hechos tan grandes. El alma entonces se inflama de amor y reconocimiento ante estos testimonios de la caridad divina; ella siente fortificarse y crecer su esperanza, y se hace más ávida de estas recompensas celestiales que Cristo ha preparado á los que se unan á Él, imitando sus ejemplos y participando de sus dolores.

Y además, esta oración repite las propias palabras que nos vienen de Dios mismo, del Arcángel Gabriel y de la Iglesia: llena esta oración de labanzas y de deseos de salvación, se renueva y se continúa en un orden á la vez uniforme y variado, y produce sin cesar nuevos y suaves frutos de piedad.

Debe creerse que la misma Reina del cielo ha atribuido una gran eficacia á este modo de oración, pues que ha sido apostado y propagado por una revelación de ella y bajo su inspiración, por el ilustre Padre Santo Domingo en una época muy hostil al nombre católico y á poco casi parecido al nuestro, como un arma de guerra para combatir ventajosamente á los enemigos de la fé. Y, en efecto, la secta de los hereéticos albigenses, en unas partes clandestina y en otras abiertamente, se había esparcido por un gran número de regiones. Esa secta era una atroz herencia de los Maniqueos, cuyos monstruosos errores renovaba al propio tiempo que suscitaba facciones, matanzas y frecuentemente un odio mortal contra la Iglesia. No se podía esperar ya en el medio humano contra esa funesta é imprudente secta, hasta que vino Dios con el auxilio oportuno, con la ayuda del Rosario de María. Y así, bajo los auspicios de la Virgen gloriosamente victoriosa de todas las herejías, las fuerzas de los impíos fueron derribadas y destruidas, y la fé de la mayoría se salvó y preservó. En cada nación peligros semejantes en gran número han sido apartados y se han obtenido beneficios, como atestigua la historia antigua y moderna, por medio de abundantes documentos. ¡Y qué recomendación más insigne para el Rosario, que el apresuramiento con que en su institución ha sido acogido y convertido en hábito en todas las clases de la sociedad! Sin duda la religión del pueblo cristiano tiene bastantes maneras de honrar y celebrar bajo muchos títulos á la divina María, tan elevada por alabanzas universales por cima de todas las criaturas. Pero tiene siempre una preferencia marcada por este título del Rosario, y este modo de orar, en el cual se resume, por decirlo así, la fe, y que contiene como la ciencia del culto debido á María. La Religión cristiana se ha servido siempre del Rosario en público y en privado, en casa y en familia, y en las cofradías instituidas bajo su advocación, dedicándole altares y celebrando ceremonias en su honor, persuadidos de que no se podrá hacer nada mejor para realzar las solemnidades de María y merecer sus favores y su intercesión.

Nos no podemos pasar ya en silencio una consideración que resalta aquí como una especie de particular providencia de nuestra Soberana. Cada vez, en efecto, que por la acción del tiempo el celo de la piedad se ha relajado en una nación y que se ha abandonado este piadoso hábito de rezar, es de notar

en seguida con qué unanimidad, ya en épocas de crisis terrible para el Estado, ya bajo el imperio de otra cualquier necesidad, la práctica del Rosario, entre todos los demás auxilios religiosos, ha sido repuesta y vuelto á colocar en su rango de honor, y cómo se ha desarrollado de nuevo con gran provecho. No hay necesidad de ir á buscar aquí pruebas en lo pasado, cuando las tenemos refulgentes á nuestros ojos. En nuestra época, tan mala para la Iglesia, como Nos hemos dicho al principio, y tan dolorosa para Nos que hemos sido llamados por la Divina Providencia para dirigirla, Nos vemos y admiramos en medio de la insurrección de las pasiones, cuánta devoción hay hacia el Rosario de María y en cuanto favor está en todos los lugares y entre todos los pueblos de nombre católico. Ya este hecho, que en verdad ha de atribuirse á Dios, que dirige y conduce á los hombres, y no á la prudencia ó habilidad humana, consuela grandemente y eleva Nuestra alma, y la llena de una gran esperanza al ver renovarse y acrecentarse los triunfos de la Iglesia bajo los auspicios de María.

No faltan, sin embargo, cristianos que comprenden lo que Nos acabamos de recordar tan justamente, pero que viendo que ninguna de las esperanzas relativas en particular á la paz y á la tranquilidad de la Iglesia se ha realizado, antes por el contrario, que la situación se agrava tal vez, se abandonan como fatigados y descorazonan en su fervor y devoción hacia esa piadosa oración.

Que esos, pues, la busquen desde luego y se apliquen á allegar á las oraciones que eleven á Dios las disposiciones convenientes, recomendadas por Nuestro Señor Jesucristo: si las tienen, que consideren en seguida lo inconveniente y culpable que es querer asignar á Dios el tiempo y la manera de ayudarnos, á Él que no nos debe nada, de tal suerte que cuando oye nuestras oraciones y "corona nuestros méritos, no corona más que sus propios beneficios" y cuándo nos escucha menos favorablemente según nuestros deseos, obra como un buen padre previsor para con sus hijos, teniendo compasión de sus extravíos y proveyendo á su utilidad.

Pero las oraciones que ofrecemos humildemente á Dios, en unión con los sufragios de los santos del cielo para hacerlos propicios á la Iglesia, Dios las acoge siempre favorablemente y las escucha, tanto aquellas que conciernen á los grandes é inmortales bienes de la Iglesia, como aquellas que se refieren á los bienes inferiores y del tiempo, útiles más aun que las primeras. Pues á estas oraciones Jesucristo, por las suyas propias y sus méritos, añade un peso y una gracia abundantes: "El que ha amado á su Iglesia se ha entregado por Ella para santificarla; para mostrarse á sí mismo su Iglesia gloriosa." El, que es el Pontífice soberano, santo, inocente, "siempre vivo para interceder por nosotros," y del cual sabemos por la fe, que la oración y la intercesión son siempre escuchadas.

En lo que concierne á los bienes externos y temporales de la Iglesia, ésta tiene que habérselas muchas veces, como es sabido, con terribles adversarios por su malevolencia y poder, que la usurpan sus bienes, restringen y oprimen su libertad, atacan y desprecian su autoridad, la causan, en una palabra, toda clase de daños y malos tratamientos. Pero si se investiga por qué su maldad no vá hasta el límite de las inquietudes que intentan y se esfuerzan en procurarlas, fácil es conocerlo; pero al contrario la Iglesia, en medio de tantas vicisitudes se muestra siempre con la misma grandeza y la misma gloria, aunque de una manera distinta, y no cesa de aumantar. La verdadera y principal razón de este contraste es ciertamente la intervención de Dios, solicitada por la Iglesia. Y la razón humana no explica tampoco cómo la iniquidad

dominante queda encerrada en límites tan reducidos, cuando la Iglesia, estrechada por todas partes, no deja de triunfar de todas tan espléndidamente. Pero, esto es verdad, sobre todo por lo que hace á los bienes superiores, por los cuales la Iglesia conduce inmediatamente á los hombres á su fin último. Pues es tal su misión, que debe tener por sus oraciones grande influencia para el feliz cumplimiento del orden de la divina Providencia sobre ellos, y así los hombres que oran con la Iglesia acaban por merecer y alcanzar *las gracias que Dios omnipotente ha decidido conceder antes de los siglos (quae Deus Omnipotens ante saecula disposuit donare)*. (Santo Tomás, II II., q. 83. a 2 ex S. Greg. M). El espíritu del hombre es incapaz de comprender en el presente los profundos designios de la Providencia; pero vendrá un día en que Dios mismo en su bondad quitará el velo á la razón y al encadenamiento de los sucesos, y entonces se verá manifiestamente cuán grande ha sido la acción y la influencia de la oración sobre los destinos de las cosas. Se verá también que de allí procede el que tantos hombres, en medio de la corrupción de un mundo depravado, se hayan mostrado puros é indemnes de *todas las manchas de la carne y del espíritu, trabajando por su santificación en el temor de Dios* (II Corintios, VII, 1); que otros que estaban á punto de dejarse arrastrar por el mal, se han detenido inmediatamente y han recibido del peligro mismo y de la tentación un feliz aumento de virtud; que otros, en fin, que habían caído, han sentido en sí el impulso que los ha levantado y les ha echado en los brazos de la misericordia de Dios.

Habidas en cuenta estas consideraciones, conjuramos, pues, solícitamente á los cristianos á que no se dejen sorprender por las astucias del antiguo enemigo, y á que no desistan por ningún motivo del celo de la oración; antes bien, que perseveren y persistan *sin interrupción*. Que su primera solicitud sea la del supremo bien y pidan la salud eterna de todos y la conservación de la Iglesia. Pueden, después, pedir á Dios los demás bienes, necesarios y útiles para vida, con tal que se sometan de antemano á su voluntad, siempre justa, y le den gracias como á Padre bienhechor, ya conceda ó ya niegue lo que le pidan; que tengan, finalmente, la religión y piedad para Dios, que tan necesaria es y que los Santos tuvieron, y el mismo Redentor y Maestro *que clama y llora* (Hebr., V, I).

Y ahora Nuestro ministerio y Nuestra pastoral caridad desean que Nos imploremos de Dios, soberano dispensador de bienes para todos los hijos de la Iglesia, no solo el espíritu de la oración, sino también el de la penitencia. Haciéndolo con todo Nuestro corazón, Nos exhortamos igualmente á todos y cada uno para que practiquen ambas virtudes, estrechamente unidas entre sí. La oración tiene por efecto sostener el alma, darle valor, elavarla hacia las cosas divinas; la penitencia tiene por resultado darnos el imperio sobre nosotros mismos, especialmente sobre nuestro cuerpo, lleno del peso de la antigua falta y enemigo de la razón y de la ley evangélica. Esas virtudes, como es fácil ver, se sostienen mutuamente la una á la otra, y concurren igualmente á substraer y arrancar cosas perecederas del hombre nacido para el cielo, y elevan al hombre á una especie de comercio celestial con Dios. Sucede, por el contrario, que aquel en cuya alma bullen las pasiones, cae en la malicia por las ambiciones, halla insípidas las dulzuras de las cosas celestiales y no tiene por toda oración más que una palabra fría y lánguida, indigna de ser escuchada por Dios.

Tenemos ante los ojos los ejemplos de penitencia de los Santos, cuyas oraciones y súplicas, como sabemos por los anales sagrados, han sido, por esta

misma causa, extremadamente agradables á Dios y han obrado prodigios. Ellos arreglaban y domaban incesantemente su espíritu y su corazón; se aplicaban á sujetarse con plena aquiescencia y completa sumisión á la doctrina de Jesucristo y á las enseñanzas y preceptos de su Iglesia; á no tener voluntad propia en cosa alguna, sino después de haber consultado á Dios; á no encaminar todas sus acciones más que al aumento de la gloria del Señor; á comprimir y quebrar enérgicamente sus pasiones; á tratar con implacable dureza su cuerpo; á abstenerse, por virtud, de todo placer, por inocente que fuera.

Por otra parte, como en el cuerpo místico de Jesucristo, que es la Iglesia, estamos todos unidos y vivimos como miembros suyos, resulta, según la palabra de San Pablo, que, á la manera que todos los miembros se regocijan de lo que acontece dichosamente á uno de ellos, y se entristecen con el que sufre, así también los fieles cristianos deben sentir los sufrimientos espirituales ó corporales, los unos de los otros, y ayudarse entre sí todo lo posible: "Que todos los miembros conspiren igualmente al bien, los unos de los otros; así, cuando un miembro sufre, todos los sufren con él; y si un miembro recibe honor, todos los demás gozan con él. Y vosotros sois el cuerpo de Jesucristo, y miembros los unos de los otros." (I Cor., XII, 25-27.)

En este modelo de caridad para el que quiere imitar el ejemplo de Jesucristo, que ha derramado con inmenso amor su vida para la satisfacción por nuestros pecados, hay una exhortación á tomar sobre cada uno de nosotros las faltas de los demás; hay también un gran lazo de perfección, que permite á los fieles estar unidos entre sí, y muy estrechamente también con los ciudadanos del cielo y con Dios. En una palabra: la acción de la santa penitencia es tan variada é ingeniosa y se extiende tanto, que cada uno según su piadosa manera y con buena voluntad, puede hacer de ella un uso frecuente y poco difícil.

En conclusión, Venerables Hermanos, Nos nos prometemos con vuestra ayuda un feliz resultado de Nuestras advertencias y exhortaciones, en razón de vuestra insigne y particular piedad hacia la madre de Dios y de vuestra caridad y celo por la grey cristiana; y estos frutos que la devoción, tantas veces manifestada con esplendor de los católicos á María, ha producido, se goza nuestra alma en cogerlos ya anticipadamente en gran abundancia.

Llamados por vosotros, en virtud de vuestras exhortaciones y siguiéndoos, deseamos que los fieles, principalmente en el próximo venidero mes, se apiñen en rededor de los solemnes altares de la augusta Reina, y de la Madre llena de bondad, y á fin de tejerle y ofrecerle, como buenos hijos, con la oración del Rosario, que tanto la agrada, una corona mística. Además, Nos mantenemos y Nos confirmamos las prescripciones y los favores de la santa indulgencia acordada precedentemente con este motivo.

¡Qué hermoso é imponente espectáculo será en las ciudades, en los pueblos, en las aldeas, en tierra y en mar, en todas partes por donde se extiende el mundo católico, que esos centenares de millares de fieles asociando sus alabanzas y juntando sus oraciones, con un sólo corazón, con una voz unánime, se reúnan para saludar á María, implorando y esperándolo todo de María!

Que por su mediación se esfuercen todos los fieles, después de haber rogado á su divino Hijo, en implorar la vuelta de las naciones que se han separado de las instituciones y principios del cristianismo que son fundamentos de salvación para los pueblos y manantial de la verdadera felicidad. Que por su

mediación se esfuercen en obtener, tanto mas, cuanto que este es el mayor de todos los bienes que nuestra Madre la Iglesia recobre la posesión de su libertad y pueda disfrutarla en paz: libertad que, como es sabido, no tiene otro objeto para la Iglesia que el de poder procurar á los hombres los supremos bienes. Lejos de haber causado jamás hasta ahora el menor perjuicio á los particulares ni á los pueblos, la Iglesia, en todo tiempo, les ha procurado numerosos é insignes beneficios.

Que por la intercesión de la Reina del Santísimo Rosario os conceda Dios, Venerables Hermanos, los bienes celestiales, con los cuales aumenta y acrecienta de día en día las fuerzas y los auxilios que necesitáis para llenar las obligaciones de vuestro ministerio pastoral; que os sirva de augurio y prenda la Bendición Apostólica, que Nos os damos con toda la efusión de nuestra alma, á vosotros, al clero y á los pueblos confiados á vuestro cuidado.

Dado en San Pedro de Roma, el 22 de septiembre de 1891, décimocuarto año de Nuestro Pontificado.

LEÓN XIII, PAPA.

SECCION DE LO INTERIOR.

Los ejercicios espirituales del Clero, de que dimos cuenta en el número anterior, terminaron felizmente el 25 del mes actual.

Hemos tenido ocasión de presenciar la puntualidad, devoción y recogimiento con que los venerables sacerdotes ejercitantes han asistido á todos los actos, estimulados por el ejemplo del Ilmo. Señor Obispo que, á pesar de haber estado indispuerto de salud durante algunos días, no quiso dispensarse de tomar parte en ellos.

El 25 del corriente, después de haber celebrado todos el santo sacrificio, se reunieron en la capilla del palacio episcopal, como á las ocho y media de la mañana, para el acto final.

El Ilmo. Señor Obispo expuso el Santísimo Sacramento en el copón; se hizo en alta voz la renovación de las promesas de la ordenación sacerdotal, siendo ratificadas por todos los ejercitantes; se rezó después á medio tono el *Te Deum*, en acción de gracias por el beneficio inapreciable de los ejercicios espirituales; finalmente S. S. Ilma. les dió la bendición con el Santísimo Sacramento.

El Ilmo. Prelado obsequió á cada uno de los sacerdotes, como recuerdo de los días en que habían estado juntos en retiro espiritual, una hermosa medalla de la Santísima Virgen del Rosario y un precioso opúsculo titulado "*Via Crucis, sententiis ex S. Scriptura ad provocandos pie meditantium affectus illustrata*".

Después del acto religioso, todos acompañaron al Ilustrísimo Señor Obispo á sus habitaciones, donde se cambiaron las más sinceras frases del amor paternal del Prelado y del amor filial de los sacerdotes al que ejerce sobre ellos la autoridad sagrada de Jesucristo.

Es necesario sentir las emociones del corazón sacerdotal que en la soledad de los ejercicios se ha aproximado más á Jesucristo, y que en esa fragua divina se ha caldeado su alma, se ha renovado su espíritu y se ha iluminado su mente, para poder apreciar toda la sinceridad y afecto expresados en esas frases y recíprocas manifestaciones de caridad.

Aunque el Ilustrísimo Prelado invitó á los que quisiesen á quedarse con él aquel día, la mayor parte dispuso regresar inmediatamente á sus parroquias,

cuyas necesidades espirituales reclamaban su presencia.

De nuevo felicitamos al respetable grupo de párrocos y sacerdotes que se ha reunido para hacer los santos ejercicios, y nos congratulamos con él por la abundancia de gracias con que ha sido favorecido por el eterno y divino Pontífice!

La Hermandad de San Pedro.—Uno de los preciosos frutos producidos por los santos ejercicios del Clero, ha sido la fundación de la santa Hermandad de San Pedro, que es otro íntimo vínculo de caridad que va á unir á los individuos de nuestro Clero.

Nació la idea de formarla, en uno de los días de retiro; y fué acogida inmediatamente por todos los ejercitantes.

Reproducimos á continuación la exposición presentada al Ilustrísimo Prelado, en la cual se notan claramente cuál es el fin, los medios y el espíritu de esa asociación. El Ilustrísimo Prelado la acogió con el mayor gusto, y ha mandado tramitarla conforme á derecho, para darle su episcopal aprobación.

"Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Obispo diocesano.

Los Sacerdotes que suscriben respetuosamente exponen á V. S. Ilustrísima y Reverendísima: que han celebrado un acta cuyo tenor es como sigue:

"En la ciudad de San Salvador, á veintitrés de noviembre de mil ochocientos noventa y uno. Reunidos los infrascritos en el Palacio Episcopal con motivo de los ejercicios espirituales á que han sido invitados, y deseando estrechar más y más los vínculos de caridad que los unen, han convenido en formar una asociación bajo el Patronato de San Pedro Apóstol, que se llamará "*Hermandad de San Pedro*" y cuyo Director será el Ilustrísimo y Reverendísimo señor Obispo Diocesano, comprometiéndose todos á lo siguiente:

Artº 1º—Los sacerdotes suscritos y los demás de la Diócesis que desearan entrar en la Hermandad, se obligan á rezar todos los días un Padre Nuestro y una Ave Maria, por la intención de todos los hermanos y por las necesidades de la Diócesis y de la Iglesia Universal.

Artº 2º—Cada hermano se obliga á aplicar tres misas, por cada uno de los hermanos que falleciere.

Artº 3º—Igualmente se obliga á aplicar cada año una misa, por la intención de los hermanos vivos y por las necesidades de la Diócesis y de la Iglesia Universal.

Artº 4º—Cada hermano contribuirá con 6 reales, que mandará cada tres meses al Tesorero que el Ilustrísimo señor Obispo nombre, para atender con este fondo á las necesidades de los hermanos que por su avanzada edad, enfermedad ó cualquier otra causa, no tengan lo necesario para su subsistencia.

Artº 5º—Esta acta se someterá á la aprobación del Ilustrísimo señor Obispo, suplicándole se sirva dar á la Hermandad el reglamento que mejor le pareciere.

Y en cumplimiento de lo acordado en el artículo último, recurrimos á V. S. Ilustrísima y Reverendísima, para que, si lo tuviere por conveniente, se digne dar su superior aprobación á la acta trascrita.

San Salvador, noviembre veintitres de mil ochocientos noventa y uno.

F. F.) Juan Bertis. || José M^a Martínez. || Marcos Erazo. || Jacinto M. Reina. || José M^a López Peña. || Santiago Vilanova. || Diego de Jhs. Rodríguez. || Alejandro García. || Manuel de Jhs. Lemus. || Manuel J. Argueta. || Norberto Marroquín. || Juan Menéndez || E. Padilla. || Juan B. Pérez. || Pedro Menéndez. || Ce-

cilio Morales. || Fr. Rómulo Frías. || J. Pablo Saravia. || Fernando Reyes. || M. J. Artiga. || Fernando E. Araujo. || Agustín Campos. || Joaquín Fuentes. || Aquilino Herrera. || José Ascensión Cerna. || Félix M^a Sandoval. || Fr. Silviano Frías. || Roque Orellana.

La infame calumnia lanzada por el partido panterisaa de Guatemala contra la persona del sabio y virtuoso Sr. Obispo de Comayagua, ha causado en nuestra sociedad general indignación y desprecio. — Bien conocidas son entre nosotros las relevantes cualidades de aquel ilustre Prelado; y la calumnia con que los enemigos de todo mérito y de toda virtud han querido mancharlas, no ha servido más que para esaltarlas; pues el odio y la persecución de los malos ha sido siempre un esmalte brillante de la genuina virtud.

Ni aun en la misma ciudad de Guatemala, donde se inventó tal calumnia, ha tenido el menor crédito: al contrario, ha sido rechazada con la mayor indignación.

Prueba de ello es el siguiente suelto de nuestro ilustrado colega "*El Pueblo*," que reproducimos para aquellos de nuestros lectores á quienes haya llegado tal noticia, ó que reciban periódicos panteristas.

"Con verdadero desagrado leímos en "*El Diario de Centro América*" la noticia de que había contraído matrimonio, con una señorita Colindres, el virtuoso é ilustrado Obispo de Comayagua, doctor Manuel Francisco Vélez. No creímos ni por un momento en la veracidad de esa noticia; pero, con el objeto de dar un mentís al que, por miras políticas, andaba pregonando por las calles esa infame calumnia, preguntamos al doctor en qué términos la contestábamos, y él se sirvió darnos su respuesta en un telegrama que dice así:

Comayagua, Noviembre 1.

A Jorge Azmitia.

"Creo que no merece la pena de ser contestada esa noticia notoriamente falsa, absurda y ridícula. Mil gracias por su interés.—† OBISPO."

"El telegrama anterior es la respuesta que se puede dar al infame calumniador del Obispo, y es una lección que el calumniador debe tener presente, para no atacar la honra de personas que, por su virtud, son acreedoras al respeto de la gente honrada."

Hasta aquí las palabras de la ilustrada redacción de "*El Pueblo*," tan suficientes para desvanecer y despreciar tan sacrilega calumnia.

"El Católico," en nombre de nuestra católica sociedad, protesta con toda su energía contra ese ataque panterista, dirigido directamente á la sagrada persona el virtuoso señor Obispo de Comayagua é indirectamente á la religiosidad de todas las diócesis centro-americanas. Pues bien sabido es, que la ofensa inferida á un Obispo, padre y cabeza de su iglesia propia, y digno del mayor aprecio y respeto de toda la provincia eclesiástica de que es sufragáneo, ofende profundamente la religiosidad de todos los católicos que forman la misma provincia. En el cuerpo de las iglesias particulares, los obispos son la cabeza; y el golpe á la cabeza afecta á todos los miembros.

El panterismo, en consorcio perpetuo con la masonería, ha sido, es y será siempre el mayor enemigo de la religiosidad del pueblo centro-americano!!

Inconsecuencias.— Los liberales dicen que aborrecen la Religión, que detestan la Biblia, que desprecian la piedad; y sin embargo, van siempre á buscar en la religión, en la Biblia y en la piedad, los adornos con qué embellecen sacrílegamente sus discursos.

Parece que no encontrando en sus ideales liberales nada hermoso, nada sublime, se ven forzados á ir á prestarlos á nuestras creencias, para vestir con ellos, venga ó no venga, sus declamaciones liberalescas.

"El Vigilante," periódico de Santa Marta, reproduce el discurso de un liberal, pronunciado el 20 de Julio, aniversario de la independencia. De él estracamos las siguientes frases, que fueran risibles, sino fueran sacrílegas:

"Cuánta solemnidad reclama la República en este día.... Glorias y aplausos al 93!.... Narino es la *encarnación del Verbo republicano!* Santander el *pan eucarístico de nuestras libertades!*.... ¡Bolívar es la *redención!*.... ¡Cuántos *Calvarios* han pasado sin dejar una *cruc* en el continente, ni una *plegaria* en la orilla de los mares! El partido liberal ha tenido su *calvario* en sus propios extravíos, y su *redención* en la *fé* de sus instituciones votadas en el horizonte del país."

Así habla el liberalismo, que se dice ser la luz, plagiando y remedando las frases del Catolicismo, al que califica de *oscuridad, autigualla y retroecso.*

¡Inconsecuencias y contradicciones!!!

SECCION DE LO EXTERIOR.

NOTICIAS RELIGIOSAS

—Un escritor alemán ha publicado recientemente un estudio acerca de la muerte de Lutero con datos é investigaciones de entero crédito, acerca del fin trágico de este desgraciado. Su repentina muerte,—dice,—produjo malignos rumores, que Calvino consignó en su oración fúnebre. En vano pretendió publicar despues una retractación, diciendo que la agonía de su maestro fué pacífica y edificante; pues persistió la tradición de una muerte violenta. El criado que le vigilaba se convirtió al catolicismo ante el fin trágico de su amo, y declaró solemnemente que la víspera de la muerte ayudó á sus compañeros á transportar á Lutero á su lecho completamente ébrio, y que al volver á la mañana siguiente á vestirle, le halló ahorcado.

Los protestantes están indignados. Dice el citado escritor que Lutero, en los últimos años de su vida, fué atormentado por pensamientos tristes; y él mismo confiesa en sus escritos que, cuando tomaba el cuchillo para cortar el pan, le daban impulsos de suicidarse. Así es que un criado tenía encargo de acompañarle siempre. La víspera de su muerte comió bastante, segun acostumbraba, y escribió en la pared lo siguiente, como su último aullido de rabia: "Vivo, Papa, fuí para tí peste: muerto, seré tu muerte."

—El gobierno alemán presentará á las Cámaras un proyecto de ley contra la embriaguez, que no encontrará probablemente dificultades para su pronta y completa aprobación. El Centro Católico tomará parte muy activa en la discusión.

—Desde que los hospitales de París se han secularizado, se observa que las admisiones de enfermos han disminuido en un 20 por 100. Todos los periódicos de Medicina y muchos órganos de la prensa política lamentan este funesto resultado.

—En el número 435 de su excomulgado semanario *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, cuya rabiosa impiedad no necesitamos encarecer, escribe su Director, el señor Chies, lo siguiente: "Ocupa la Sede pontificia hoy día un caduco anciano, que toca con un pie el sepulcro; hombre de espíritu recto, de talento claro, de conocimientos vastos, de virtudes sólidas, de respetabilidad universal. Este hombre, como tal hombre, como tal anciano, como tal ilustración, como tal respetabilidad, es para nosotros, lo ha

sido siempre, una persona digna de toda suerte de consideraciones." ¡Cuál no será, pues, la grandeza de nuestro Santísimo Padre, cuando hasta sus más inconciliables enemigos se rinden ante ella, como acaban de ver nuestros lectores!

—Antiguamente tenían los frailes Franciscanos una capilla en Puerta del Mar, de Málaga. En ella, dando vista á las olas, pusieron una imagen de la Virgen, ante la cual ardía una lámpara, que por algún tiempo sirvió de faro á los marineros. Los pescadores eran muy devotos de esta Virgen, y le ofrecían como limosna para los frailes una parte de la pesca. Un corregidor de Málaga transformó la capilla en ermita, sobre cuya techumbre se colocó un mirador, dentro del cual se encendía todas las noches una gran luz, que ejercía mejor que la antigua lámpara el caritativo objeto que se propusieron los monjes. Y este fué el primer faro que tuvo Málaga.

—Digna de todo elogio es la conducta del dignísimo párroco de Cornudella (Tarragona), D. Juan Aragonés, quien, á costa de grandes privaciones y sacrificios, ha logrado edificar en dicha ciudad un asilo para los pobres de su feligresía. No contando con medios suficientes para ello, ha vendido una casa de su propiedad y algunos manuscritos antiquísimos, cuyas sumas, y algunos otros ahorros, los ha dedicado á hacer tan hermosa y cristiana obra de caridad. Desde las columnas de nuestra Revista enviamos nuestra más entusiasta felicitación á dicho señor, modelo de virtud, de abnegación y de caridad.

—Por iniciativa de la Rda. Madre Superiora general de la Orden, se comenzó á construir en Aytona (Lérida) un establecimiento para ancianos desamparados, que se ha inaugurado con asistencia del Ilmo. señor Obispo de Lérida, clero, autoridades y numeroso público. La Orden de Hermanitas de los Pobres poseía, á principios del año actual, 71 Casas, y hoy cuenta ya con 75, siendo todas y cada una á cual más benéfica é importante.

—En Zaragoza ha empezado á publicarse, con el título *El Diablo Cojuelo*, un nuevo semanario satírico, católico.

—Para edificación y ejemplo de todos, conviene dejar registrado en nuestras columnas el importante documento que sigue: "En el lugar de Murchante, á los 29 días del mes de marzo de 1891, por indicación del Padre Cuaresmero, y bajo la presidencia del señor cura párroco don Gregorio Martínez, reunidos en la sala capitular de esta iglesia parroquial, después de rezadas las preces de costumbre, los señores abajo mencionados convinieron en observar y hacer observar con sus respectivos peones las bases siguientes: 1.^a Que no trabajarán ni permitirán trabajar á sus peones, sin la competente autorización del cura párroco, en días festivos. 2.^a No permitirán que ninguno de sus peones ó criados blasfemen ó profanen el nombre de Dios. 3.^a Asimismo procurarán que sus criados no hablen ni profieran palabras deshonestas en los tajos. Y en el caso de infringir alguna de las bases arriba mencionadas, y después de haber sido amonestados las veces que á juicio del dueño considere prudentes, persistieren incorregibles, serán despedidos." Firman este hermoso documento casi todos los vecinos del noble pueblo navarro, en quienes los frutos de la fervorosa misión dada por los Padres de la Compañía de Jesús no han podido ser más opimos. Mil enhorabuenas á católicos tan excelentes.

—La grave enfermedad que aquejaba al venerable señor Arzobispo de Valladolid ha tenido el fatal desenlace que se temía, aunque con mayor rapidez de la que era de esperar. El ilustre Prelado, que ocupó antes las sillas de Segorbe y Victoria, dió en todos los cargos que desempeñara evidentes muestras de

su no comun ilustración y de sus especialísimas dotes de mando, siendo respetado y querido de cuantos le conocían. Dios haya acogido en su seno amoroso el alma del virtuoso príncipe de la Iglesia.

—Un municipio modelo es sin duda ninguna el de Chía, en la República de Colombia. Véase el acta en donde ha consignado el piadoso acuerdo de consagrarse al Corazón de Jesús. Dice así: "Acuerdo número 2.—El Consejo municipal de Chía, en uso de sus facultades, y considerando: 1.^o Que este lugar no debe retrasarse en hacer la protestación pública de fé, de consagrarse como lo reclaman las circunstancias sociales al Sagrado Corazón de Jesús; 2.^o Que el Consejo con este acto interpreta la voluntad personal y colectiva de los habitantes del municipio; y 3.^o Que así procura atraer sobre los intereses morales, temporales y políticos del pueblo, al salvar el respeto humano, las bendiciones que tan explícitamente ha prometido aquel Corazón de Amor, acuerda: Art. 1.^o Desde hoy conságrase el municipio de Chía, absolutamente, al reinado del Sagrado Corazón de Jesús. Art. 2.^o Comuníquese esta resolución al venerable párroco para que él, si lo tiene á bien, la publique en el templo y la haga saber al Prelado archidiocesano.—Art. 3.^o El Consejo en corporación concurrirá al templo el primer viernes del mes próximo, por la tarde, á renovar esta consagración delante de la Majestad Divina.—Art. 4.^o Désele el curso legal á este acuerdo para la aprobación correspondiente de parte de la autoridad superior.—Chía, 20 de Julio de 1891.—El presidente, Ramón L. Acosta.—El vicepresidente, Marcelino J. Forero.—El regidor, Leopoldo Forero.—El regidor, Gerardo Melo.—El regidor, David de J. Melo.—El regidor Francisco Duarte Ranjel.—El regidor secretario, José M. Peña.—Alcaldía municipal.—Chía, 23 de Julio de 1891.—Aprobado, consdltese.—Cornelio Bohórquez."—Ayuntamientos así son los que hacen falta en las católicas naciones de todo el mundo. De seguro que el municipio de Chía administra los intereses materiales de sus conciudadanos como no se acostumbra en estos metalizados países de nuestro continente.

SECCION DE VARIEDADES.

Los que no pecan.

HABLANDO con cierto Cura de aldea, un alto magistrado francés quiso hacer gala de despreocupado.

Como no era cosa de dejar en olvido la confesión, dijo de ella tan altas lindezas, que el pobre Cura, asombrado, no sabía si soltar la carcajada ó si morir de repente.

Viendo la perplejidad del sacerdote, el libre-pensador supuso tenerle ya entre la espada y la pared, y no queriendo abusar de su triunfo, concluyó la peroración diciendo:

—Yo no me confieso nunca, señor Cura, por la sencilla razón de que no peco.

—Caballero, contestó el sacerdote, hasta ahora sólo se conocen dos clases de personas que no pequen.

—¿Y cuáles son ellas? preguntó el librepensador con sonrisa de conejo.

—La primera clase es la de los que todavía no llegaron al uso de la razón, y la segunda, la de los que la perdieron, respondió el Cura.

Copiado.

El Catolicismo de Quebec.

Esta provincia de Canadá es conocida como la parte más católica del mundo.

La población de 1.549,000, cuenta 1.485,000 católicos. Hay un Cardenal, dos Arzobispos, ocho Obispos, un Prefecto Apóstolico, 1,546 sacerdotes seculares y religiosos.

Las iglesias son 907; los Seminarios y Colegios 21; los Conventos 222 y los Hospitales 69.

La población católica en los diferentes distritos es como sigue: Quebec, 729,000; Montreal, 619,000; Ottawa, 137,000!

Los sacerdotes de la diócesis de Quebec son 666; las iglesias, 441; los Conventos, 108; los Hospitales, 25; y las Escuelas, 1,927.

Los niños del día.

¡De cuán diverso modo se divierten los jovencitos de ahora! dice Planchet en su artículo titulado "Lo que eran y lo que son hoy".

No resistimos á la tentación de parafrasear algunos párrafos de aquel escrito, con sus puntos y comas, aplicándolo á la turba de niños viejos que pululan entre nosotros.

Cierto es que son muy bonitos y muy inteligentes, dice el viejo escritor: la moda, que de nosotros nunca se ocupó, les atilda, figura y los viste como unos petrimetros: la ciencia, en un dos por tres, se la meten en la cabeza de chorlito á punto de valor, como globos aerostáticos.

Nosotros fuimos feos, porque no nos vestimos á la moda, ajustados á los figurines, sino á los padrones de la economía.

Los niños de hoy van al teatro con el *biberón* en la boca todavía, y de allí salen á las dos de la mañana, habiendo estado despavilados y listos, y viendo bailar el cancan y dirigiendo chocoletos á las muchachas alegres del patio.

Nosotros nos habríamos muerto con un desvelón de esos, porque solo concurríamos á la fiesta de la familia, antes que entrara la media noche.

Los tiempos actuales son tiempos de libertad y de democracia, y sin duda por esto el muchacho de hoy vive con absoluta independencia.

Él sabe lo que es la cantina, el baile, el naípe: apenas le alcanza la cabeza al borde del mostrador, y ya alza la mano para tomar la copa, que de un solo sorbo se embaula en el estómago.

Nosotros jugábamos con pistolitas de madera y espadines de hoja de lata: ahora los muchachos llevan donosamente revólver hecho y derecho, y llevan dentro del bolsillo su navaja de cortante acero.

Fuman los muchachos, éstos más que un contra-maestre, y escupen por el colmillo que es un contento, echando tacos y ternos á cada paso, como un mozo de taberna.

Llevan las uñas largas á la moda, y las emplean también en rascar el bolsillo del buen padre.

Desdeñan oír los sencillos y sabrosos cuentos del hogar, para ir á los corrillos á empuercarse la boca con palabras soeces é indecentes, y á podrirse el alma con ejemplos inmorales y conversaciones torpes.

La pureza y la inocencia son cosas desconocidas entre el gremio de los muchachos. ¡Adios sentimiento encantador del candor del alma, honestidad del cuerpo, virginidad de los sentidos! Se fueron para no volver.

Quedaron en cambio el instinto de lo malo y el ansia fatal de descorrer esa cortina que encubre las miserias de la vida y las caídas de la humanidad, para imitarlas y saciar esa sed de impuros goces y reprobados deleites.

Sin freno que detenga esas inteligencias en su carrera desbocada, prematuro arranque de las facultades

todas, perviértese el muchacho, cautiva los sentimientos malos y se dispara, calumniador terrible, en contra de la honra ajena.

Así los muchachos son una plaga social, una amenaza terrible y un mal mucho más pernicioso que el cólera y la viruela.

¡Cuán diferentes estos tiempos á los pasados! Tristeza grande nos diera, si entre esta turba de niños viejos, no hubiese algunos que son una excepción consoladora.

Ahora viven los muchachos á la vapor; la copa de los placeres se apura de un trago, como se apura una botella detrás de la puerta, porque están de prisa.

Los niños son jóvenes gastados, y los jóvenes son viejos de cabeza negra.

Los adolescentes de hoy infunden lástima, porque muy pronto las arrugas del desencanto les afearán el rostro.

Están muy bien vestidos; pero mal, pésimamente mal educados.

El Correo de las Aldeas.

Colegios católicos de Jesuitas.

Al entrar en el Colegio, dice el famoso poeta Lamartine en sus *Confidencias*, no hallé á mi madre, pero hallé á mi Dios; la pureza, la caridad, la oración, una dulce y paternal vigilancia, una familia, niños amados y amantes, de fisonomías contentas y tranquilas.

Todas nuestras almas habían recobrado sus alas y volaban por natural impulso hacia el bien y hacia lo bello. Aun los más rebeldes eran arrastrados en el movimiento general. Allí he visto lo que se podía hacer de los hombres, no forzándolos, sino inspirándolos.

El sentimiento religioso que animaba á nuestros maestros nos animaba á todos, y tenían el arte de hacer amable y sensible este sentimiento, creando en nosotros la pasión por Dios.

Con semejante palanca, apoyada en nuestros corazones, todo levantaban. Comenzaron por hacerme dichoso, y no tardaron en hacerme juicioso. La piedad se reanimó en mi alma y fué el móvil de mi afición al trabajo. Y formé amistades con niños de mi edad tan puros y dichosos como yo, amistades que constituían, por decirlo así, una familia.

"El Correo de las Aldeas."

Ley Contra las Suegras.

En el Estado de Maryland se acaba de expedir una ley, en virtud de la cual el matrimonio en cuyo hogar vivan una ó más suegras, es decir, ya sea la madre del marido ó la de la mujer, pagará un impuesto en el orden siguiente:

Por la suegra del marido, 600 pesos al año.

Por la suegra de la mujer, 900 pesos al año.

Por ambas suegras, 3,000 pesos al año.

Por cada cuñada, tía política ó parienta afines, el impuesto se aumentará en un 10 por 100.

El objeto es que los matrimonios no tengan consigo gérmenes de discordia.

Los legisladores esperan que con esta ley, el divorcio disminuirá en 50 por 100, y el suicidio en 90 por 100.

¡Qué lección para las suegras y familias de los casados, que con tanta frecuencia turban la paz doméstica!

Copiado.